

MICHEL MAFFESOLI. LA ASPIRACIÓN A LA LIBERTAD A TRAVÉS DEL CONOCIMIENTO

Enrique Carretero Pasín

Universidad de Santiago de Compostela

Nuestra breve semblanza de la obra y del itinerario intelectual de Michel Maffesoli tratará de incidir especialmente en aquellos aspectos nucleares y constantes que se hallan presentes a lo largo de su pensamiento. En una primera aproximación, conviene apuntalar que Maffesoli no es un filósofo al uso, obsesionado por edificar un riguroso sistema conceptual, como tampoco es un sociólogo particularmente especializado en el dominio de una específica parcela del saber, puesto que su genuina predisposición hacia el conocimiento del hombre y de la sociedad no se deja encorsetar y traspasa la arbitrariedad impuesta por las rígidas etiquetas académicas. Digamos, a modo de síntesis, que su tarea bien puede ser concebida como un diagnóstico global de la cultura llevada a cabo a partir de una hermenéutica fijada a lo aparentemente más trivial, a lo cotidiano. De alguna manera, bien podría ser concebido como un fiel continuador de lo que Michel Foucault había catalogado como una *ontología del presente*, actitud en donde se englobarían pensadores como Nietzsche, Marx, Weber, los primeros frankfurtianos o el propio Foucault. Ahora bien, una *ontología del presente* originada a partir de un pensar sobre lo más próximo, lo más cotidiano y banal, para, siempre desde ahí, tratar de mostrar la condición existencial a la que se halla enfrentado el hombre contemporáneo. Georg Simmel, con su atención a lo considerado como banal por la academia, la moda, la coquetería, etc.. y Walter Benjamín, con su mirada *medusiana* que encuentra el mito en lo más cercano, van a ser indudablemente, en este sentido, sus acompañantes y sus mayores fuentes de inspiración filosófica y sociológica.

Pero, ¿Por qué siempre la atención a lo cotidiano?. La respuesta va a ser ciertamente sugerente: el espacio de lo cotidiano es especialmente enriquecedor para una sociología animada de un espíritu libertario, ya que es la genuina localización en donde el anónimo individuo, el que según Benjamín *peina la historia a contrapelo*, trata de sortear el ejercicio de las diferentes modalidades de poder, bien sea éste económico, político o moral. En lo cotidiano, para Maffesoli, se respira todavía una vida reacia a plegarse a los dictados de una dominación que, como ya había puesto de manifiesto admirablemente Foucault, se *capilariza* y permeabiliza prácticamente la totalidad del entramado social. La dominación no implicará, pues, una adhesión

a ella. “La vida siempre está en otra parte”, ha insistido reiteradamente Maffesoli, con el ánimo de testimoniar algo que no ha sido del gusto académico e intelectual mayoritario, recalcando que, en definitiva, las instituciones están llenas siempre de muerte y nunca de vida. Sin embargo, distanciándose de los reputados análisis del momento de Henri Lefebvre, lo cotidiano es, en sus términos, ese privilegiado espacio en donde anidarían las *utopías intersticiales*, los *hiatos* de libertad por donde el hombre contemporáneo evade, esquiva, con sibilina astucia, una dominación ejercida sobre él que ha devenido especialmente violenta desde la modernidad. A final de la década de los setenta del pasado siglo y al unísono con Michel de Certeau, otro célebre inspirador de la *sociología de lo cotidiano*, Maffesoli vuelca su mirada hacia los *contrapoderes*, siempre subterráneos, siempre invisibles, que se encuentran operativos en toda vida social. Es la idea, por otra parte, tan marcada por el espíritu libertario del *situacionismo* -de la que Maffesoli se ha empapado y nunca se ha liberado-, de lo cotidiano como, paradójicamente, fuente de rechazo del poder.

La modernidad nuevamente como recurrente problemática. No han faltado pensadores o literatos que han afirmado que el auténtico y verdadero problema del hombre contemporáneo sigue siendo la racionalidad auspiciada por una triunfante modernidad. Max Weber, con su emblemática afirmación *desencantamiento del mundo*, Franz Kafka revelando el sinsentido de un engranaje anónimo que se apodera y gobierna la vida individual, Robert Musil, con el *hombre sin atributos*, Heidegger y el problema de la técnica, o los frankfurtianos, Adorno y Horkheimer, con la noción de *razón instrumental*, han diagnosticado, como denominador común, una vida que, a raíz de la modernidad, no es tal vida, sino que se encuentra secuestrada por una razón unidimensional y tecnoproductiva que despersonaliza y finalmente ahoga al ser humano. Por tanto, el aparente gran debate intelectual de los años noventa, la dialéctica modernidad/postmodernidad, no es un debate realmente reciente, se origina ya en el propio germen de la modernidad. La postmodernidad, en última instancia, va a recobrar, eso sí, un latente espíritu antimoderno, ciertamente trágico, por otra parte, en lo que afecta al diagnóstico del avatar de nuestro tiempo. Lo postmoderno desenmascara los intereses ocultos tras los grandes referentes que habían servido de legitimación histórica a la época moderna, a saber; razón, progreso e historia,- aunque ya la estela abierta por Nietzsche y continuada por Heidegger o Junger había emprendido esta tarea-, mostrando la imbricación consustancial existente entre razón y dominación. Maffesoli se embebe de este rechazo a la modernidad, pero, a mayores, testimonia un hecho crucial, su manifiesta obsolescencia histórica para una nascente sensibilidad social, su incapacidad de entroncar con unas emergentes formas de existencia social, en particular con unas nuevas expresiones *sociales*, *tribales*, que han ebullicionado en la últimas décadas en el tejido de las sociedades actuales. Y va a ser esta visión *reificadora* de la modernidad, este pesimista reconocimiento de una individualidad devorada por un engranaje que la trasciende, lo que impulsará el ansia intelectual de Maffesoli por llegar a captar aquellos *microespacios* en donde el hombre moderno buscará reconquistar su dañada libertad. En este contexto, cabe interpretar, también, la oposición acuñada entre *potencia* y *poder*. El *poder*, a través del ejercicio de las instituciones, persigue siempre reglamentar, disciplinar, doblegar en suma,

un vitalismo inscrito en lo más profundo del alma colectiva cuyo único anhelo es una afirmación en su plenitud y sin trabas de la vida. En otros términos, se trata de la dialéctica entre *lo instituido* y *lo instituyente*. *Lo instituyente* busca siempre sobrepasar, revivificar, una cristalizada realidad socialmente instituida tendente a la esclerotización. La imaginación jugará, en este sentido, un papel notable, puesto que, a través de *lo imaginario*, en sus diferentes manifestaciones, el hombre intentará ir más allá, re-ilusionar, re-ensoñar, la petrificada realidad social instituida. En este sentido, Gilbert Durand, maestro y verdadero inspirador intelectual de fondo de la totalidad de la obra maffesoliana, había subrayado la fecundidad antropológica de *lo imaginario* para *eufemizar el mundo*, para trascender la *facticidad* de lo real dado. Maffesoli descubre esta operatividad de lo imaginario curiosamente en lo más *proxémico*, en lo más cotidiano, y su *sociología de la cotidianidad* estará marcada por esta impronta.

Toda revolución, ha insistido Maffesoli, tiene un carácter mítico. No hay revolución sin un mito que la acompañe y la movilice. Las grandes revoluciones políticas modernas habían aspirado, en última instancia, a purificar el mundo, a resolver definitivamente las contradicciones históricas, a alcanzar una añorada y siempre inalcanzada plenitud del hombre consigo mismo; en sus términos, estarían guiadas por un espíritu propiamente *dramático*. No obstante, para Maffesoli, perseguirían un ideal, sin embargo, irrealizable, a saber: depurar el mundo de la imperfección, de la contradicción, de algo propiamente constitutivo de la vida humana y social. Un ideal, por otra parte, resabio o metamorfosis de una mentalidad, en realidad, judeocristiana, aquella que tratara de materializar el reino de Dios en el terreno de la historia, siempre, por otra parte, con funestas consecuencias históricas posteriores. El *conflicto*, siguiendo a otro de sus maestros, Julián Freund —o por retrotraerse más lejos Heráclito—, no solamente no puede llegar a erradicarse totalmente de la vida social, sino que, es más, va a ser el motor primordial de ésta. Nuestra época, no obstante, va a entender Maffesoli, es una época ya descreída de todo gran ideal político revolucionario. La revolución da paso, sin embargo, a la rebelión. Ya lo expresara Flaubert en otros términos, “De la política sólo entiendo una cosa, la revuelta”. Para Maffesoli, el universo de lo político, al modo en como éste fue diseñado en la época moderna, resulta ya anacrónico para encarrilar las demandas actuales del cuerpo social. La noción de *representación* resulta caduca. Hay un grave y sintomático desajuste existente entre la vida institucional y la vida social. Lo político, en suma, no provoca más que indiferencia. La esencia de lo político, en última instancia, piensa Maffesoli citando reiteradamente a Marx, radica en “una forma profana de la religión”. El ocaso de lo político, al modo en cómo éste fuera concebido en la modernidad, provocará que las demandas *utópicas*, aquellas emanadas de la sed antropológica inherente a *lo imaginario* para trascender la realidad dada y construir ideales mundos distanciados del real, ya no se puedan llegar a canalizar por los cauces diseñados por el orden de lo político. La época de las revoluciones, en efecto, es una época que ya no se reconoce en nuestro presente. Ahora bien, la nunca saciada insatisfacción antropológica ante la *facticidad* de lo real impulsará a *lo imaginario* a reorientar sus demandas sobre nuevos espacios ahora deslindados del universo de lo político. El insobornable espíritu de rebelión, de disconformidad, ante lo real, alentado por el sentimiento

de que el sueño se vea cumplido en la vida, que había animado los ideales revolucionarios en otro momento, se trata de realizar en ámbitos ahora más *proxémicos*, cotidianos, en las *libertades intersticiales* que, a modo de *microutopías*, se hallan en el seno de nuestras sociedades.

El gran mito, el *imaginario central*, que ha nutrido de sentido y vectorializado el discurrir de las sociedades occidentales ha sido, indudablemente, la idea de progreso. La modernidad implanta una concepción del tiempo en la que el presente pasa a ser concebido como un mero estadio de un proceso en tensión de futuro. El tiempo presente pasa a ser un tiempo siempre mejorable, reformable o superable, ya que la historia avanza en la dirección adecuada, aquella guiada por un desarrollo científico-tecnológico liberador de las rémoras y prejuicios característicos de las sucesivas etapas históricas precedentes. El horizonte de futuro pasa a convertirse en una expectativa, siempre por otra parte inacabada, que cumplir. Es la consecuencia derivada, como bien ha visto Karl Löwith, de una metamorfoseada secularización de la concepción lineal del tiempo introducida por la expectativa de salvación de raigambre judeocristiana y que logra fracturar la *moira*, la visión cíclica del tiempo característica del universo griego. Pues bien, Maffesoli se desmarca de este *imaginario central*, que tanto impregna la cultura occidental, a la hora de plantear los cimientos de su saber sociológico. Su rechazo del racionalismo, del positivismo y, en general, del *cientifismo* hegemónico en las ciencias sociales actuales le conduce a un reconocimiento de la vitalidad de lo arcaico, de aquello supuestamente erradicado y defenestrado por el ideario progresista. Dicho de otro modo, según Maffesoli, habría una singular pervivencia de ciertos componentes arcaicos, *arquetípicos*, en el mundo contemporáneo que se hilvanan y conjugan paradójicamente con las expresiones culturales y modos de vida más recientes; lo más viejo, en suma, en una perfecta simbiosis con lo más nuevo. De hecho, su tentativa de definición de lo postmoderno apunta en esta dirección: lo elementos arcaicos en una perfecta unión con el desarrollo tecnológico más nuevo. Maffesoli, por tanto, en una línea absolutamente contraria a la práctica totalidad de la sociología actual, va a dirigir su mirada hacia lo más originario, hacia lo más lejano, para, desde ahí, comprender la lógica/ilógica que penetra las sociedades actuales. Así, de esta manera, va a encontrar una persistente presencia y una fecunda operatividad social de ciertos componentes religiosos, míticos, imaginarios, en lo más profundo de la existencia social. Carl Gustav Jung y, nuevamente, Durand van a ser ahora, en este punto, sus grandes referencias intelectuales. En definitiva, todo aquello que la modernidad pretendiera disolver, considerándolo como prejuicio y en nombre del racionalismo, lema filosófico nuclear del ideario ilustrado, resurge y, curiosamente, se reaviva con un vigor inusitado en el mundo postmoderno. Se trata de la presencia de un componente propiamente *arquetípico* que retorna cíclicamente, o mejor en espiral como diría Maffesoli, y se amalgama con las expresiones culturales más recientes.

En este contexto, cabe interpretar la efervescencia actual de lo tribal, de un *neotribalismo* que invade los diferentes plexos en donde se entreteje la vida cotidiana y que se llega a erigir como la verdadera seña de identidad de nuestra época. En realidad, Emile Durkheim ya había señalado algunas pistas sugerentes en sus *conclusiones* finales a las *Formas elementales de la vida*

religiosa, apuntando la obligada necesidad de un entramado ritual y simbólico que pueda llegar a garantizar un sentimiento de comunidad compartido en sociedades, como el caso de las occidentales, en las que la religión se ha visto problematizada y erosionada por la razón moderna. El “estar juntos”, “*être ensemble*”, sería, entonces, en los términos de Maffesoli, una auténtica predisposición antropológica *arquetípica* que hundiría sus raíces en el ámbito de lo originario, de lo *fundante*, de aquello que ha logrado resistir indemne a las acometidas del racionalismo, a una desafiante razón encaminada a cuestionar las creencias no- racionales solidamente cristalizadas. Ahora bien, este *tribalismo* se ensambla, en una armónica conjunción, con todas aquellas manifestaciones culturales favorecedoras de la fusión con aquellos con los que se comparten sentimientos y afinidades. De hecho, estas manifestaciones culturales no serían, en última instancia, más que un pretexto para llegar a acoger y a desplegar una potencial demanda de comunión con los demás.

La noción de *forma*, de marcado sabor simmeliano, permite dar cuenta de la imbricación existente entre lo más originario y lo más novedoso. A partir de ella, según Maffesoli, podemos adentrarnos en la comprensión del vínculo entre lo uno y lo múltiple, lo imperecedero y lo mutable. Las *formas arquetípicas* serían lo recurrente, lo constante, lo invariante, que adoptará, eso sí, figuraciones o modulaciones luego específicas. Así, la *forma arquetípica* tribal es algo persistente, permanente, con independencia de los avatares y sinuosidades de la historia, aunque adquirirá una materialización concreta en función de las circunstancias históricas en donde logre realizarse. Hay, entonces, una *metamorfosis* o una *transfiguración*, -ambos términos son recurrentes en el vocabulario maffesoliano-, de las *formas originarias* bajo un plural ropaje cultural. De hecho, toda cultura no sería más que una *metamorfosis* de *lo mismo* adoptando expresiones nuevas.

Los avatares sufridos por el saber sociológico en las últimas décadas lo han conducido a una suerte de ingeniería social. El positivismo, asimismo, ha allanado el terreno epistemológico para la conversión de las ciencias sociales en un modelo de conocimiento guiado en exclusividad por los criterios de eficacia y utilidad. Aquella célebre frase antaño acuñada por Robert Nisbet según la cual la tarea sociológica, teniendo éste especialmente presente la elaborada por los clásicos, se debiera asemejar a una forma de arte dista mucho de corresponderse con la práctica sociológica actual. Maffesoli se ha desmarcado por completo de una sociología de estas características, tan en boga, por otra parte, en la actualidad. Su preocupación central sigue siendo inequívocamente antropológica, buscando llegar a desvelar los misterios escondidos tras la vida del hombre en sociedad. La sociología maffesoliana no se resigna y arremete contra el primado de un *cientifismo* positivista que limitaría su objeto de estudio a la mera epidermis de la vida social, por el contrario, siguiendo una vez más a Durand, se presenta como una *sociología de las profundidades* que ansía sacar a la luz aquello que no es perceptible pero que, no obstante, como en el psicoanálisis, permite comprender las claves últimas de lo social. Por eso, Maffesoli se desliga del hegemónico paradigma explicativo-causal, el heredado históricamente de las ciencias naturales a raíz de la modernidad, y apuesta por una epistemología fundada sobre una noción, la de *comprensión*, ya familiar en el legado intelectual occidental desde los

análisis de Dilthey o Gadamer. Así pues, la singularidad e irrepetibilidad de la experiencia humana y social no se reduce al estrecho y esquemático marco explicativo propuesto por las leyes que rigen el comportamiento de la naturaleza, sino que requiere ahondar en la *comprensión* de los significados, de las intenciones, de las vivencias, de lo que, en general, Husserl denominó como *el mundo de la vida*. Maffesoli se alía, pues, con una tradición sociológica de raigambre husserliana, la de Schütz, Berger y Luckmann, que pondrá el acento en la comprensión de las significaciones de los hechos sociales más que en la formulación de explicaciones ajustadas al modelo característico de la ciencia natural. Pero la *sociología de la vida cotidiana* maffesoliana va más lejos, ya que, absorbiendo las recientes directrices epistemológicas suscitadas a raíz de la estela teórica abierta por la postmodernidad, llega a problematizar el primado del monovalente modelo de ciencia impuesto desde la modernidad. Los penetrantes análisis de Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, de manera explícita o bien tácita, van a estar como telón de fondo de la *epistemología* maffesoliana. Recordemos que, para aquellos, el espíritu de la Ilustración, ejemplarizado en la actitud hacia la naturaleza de la nueva ciencia baconiana, se torna mitología de la que supuestamente pretendió liberarse. Se trataría, para Maffesoli, adoptando el legado de Ortega y Gasset, de plantear un saber sociológico *raciovitalista*, de una razón que, distanciándose de la aséptica racionalidad moderna, no se halle reñida con la vida, sino que, por el contrario, permita adentrarnos en la comprensión del elemento no-racional, es decir, pasional, vivencial, sensible, emotivo, que está siempre omnipresente en toda vida social.

Ahora bien, conviene concluir subrayando que la negativa visión maffesoliana de la modernidad que recorre toda su obra, y lógicamente de sus derivados, el progreso y la ciencia, al mismo tiempo que su propuesta de revitalización de lo sensible, de la imaginación, de lo cotidiano, etc., no están marcados por la impronta típica de un pensador que analiza el mundo desde una fría distancia, sino que se amalgaman íntimamente con una manera personal de vivenciar el saber, ya poco habitual, por otra parte, en el ámbito académico e intelectual, como una auténtica aventura existencial cuyo único móvil realmente nítido es, en última instancia, la sed de libertad.